

Felipe Ximenez de Sandoval

JOSÉ ANTONIO

(Biografía apasionada)



Prólogo de
RAMÓN SERRANO SUÑER

JOSÉ ANTONIO (Biografía apasionada)

Autor: Felipe Ximenez de Sandoval

Prólogo de Ramón Serrano Suñer

Sobre el tema político más gravemente sugestivo de nuestro tiempo -la personalidad y la obra de José Antonio- ha tenido Ximenez de Sandoval la fortuna de escribir un libro importante.

Acaso lo más exacto en este libro, arquetipo de ortodoxia y rigor falangista, sea la calificación de "apasionada" con que el autor caracteriza la biografía de José Antonio. Lo mejor del libro es la pasión con que está escrito; noble y alta pasión que eleva a los hombres sobre las cosas mezquinas esquivando el riesgo de perderse en la cominería, el chisme y el recelo. Apasionada es el adjetivo que cuadra a la manera de ser de la Falange que Ximenez de Sandoval aprendió en la lección diaria del Fundador. Apasionada, porque el libro está amasado con veneración, coraje e ira. Virtudes políticas éstas que con gallardía y el silencio del falangista ahincaron con honda raigambre, como en propio terreno, en el alma de José Antonio que Ximenez de Sandoval nos muestra totalmente apasionado, también de su obra y su destino. Como apasionado fue el impulso que creó la Falange y la encendió en una actitud simbólica y redentora y apasionado debe ser igualmente el impulso que la sostenga, sin perder forma en las difíciles y durísimas etapas de la Revolución nacionalsindicalista.

Quien no posea el fuego divino de la pasión no puede ser falangista pues una Falange yerta, fría, hecha sólo de razón y pequeñas cautelas, sin entusiasmos ni exaltaciones, sería algo tristemente deformado o muerto. Sería el amasijo de todos los vicios que más despreció quien la creara.

Aquellos que se asustan de las palabras -generalmente los que no conocen bien el lenguaje y, lo que es peor, las ideas fundamentales- y de nuestro sentir revolucionario, podrán argüirnos tal vez que la pasión es clima espiritual propicio a la arbitrariedad y a la injusticia, pero lo cierto es que a éstas se llega con mayor seguridad por el camino glacial de la cautela, el escepticismo y la suspicacia. Bajo la crítica superficial e ignorante, en el turbio trasfondo de ese gárrulo griterío de voces resentidas, mal disimuladas a veces con una hipócrita prudencia, se descubre la hostilidad más peligrosa y la enemiga más encarnizada. Contra la confusión y la insinceridad, precisamente, se irguió altiva, impetuosa, irreductible, la grandeza de alma de José Antonio con su pensamiento ancho y alto marchando en camino recto hacia la meta clara de sus propósitos que repudiaban el zigzaguo y la encrucijada.

La pasión es acción también y lo contrario suele llamarse "objetividad".

Se debe pues elogiar el valor de confesarse apasionado; apasionado en el examen minucioso de una figura cálidamente admirada y en la crítica del fondo del paisaje y de hombres sobre que esa figura se destaca con acusadísimo y clásico relieve. Desde luego que la pasión puede engendrar errores -yo no hablo de las "pasiones" histéricas- que luego la serenidad y el tiempo habrán de corregir y depurar. En ninguna cosa verdadera y viva puede acontecer de otra suerte. Por eso la Falange no puede ser de otro modo. Por eso es así el libro que sigue a estas páginas, sincero, leal y duro. Tal vez en algún pasaje apunten con exceso estas características y llegue a bordearse la injusticia, pero con todo, el libro es acreedor al respeto por la sinceridad con que está concebido.

A los que conocimos a José Antonio, este libro nos devuelve su imagen viva y fuerte, emergiendo de un mar de confusiones que sepultaban o deformaban su auténtico temperamento. Los que no le conocieron, hallarán en la obra de Ximenez de Sandoval el carácter tremendamente humano, emocionado y transparente de José Antonio, con la bien conseguida plasticidad que le prestan sus trazos firmes y seguros. Quizás con algún error, por efecto de aquella pasión que pone el autor en su empeño, pero también ciertamente con detalles y pormenores de mayor valor psicológico que los que pudiera dar un biográfico frío armado solamente con su escalpelo criterio histórico más o menos certero, sería inútil en cambio para operar esas resurrecciones literarias que constituyen el éxito de los ensayos biográficos. Y es que como dice el verso de la canción popular

*... conocimiento
la pasión no quita.*

* * *

Entresacar de una vida ejemplar, henchida de sugestión y rebosante de humanidad (en el más puro y clásico concepto), las fases más destacadas, los momentos y los gestos de mayor valor histórico no es tarea liviana. Lo minúsculo, lo episódico e intrascendente, tiene casi siempre en estos casos un alcance insospechado y la labor de selección de estos detalles en una vida que por lo humana los ofrece con tanta abundancia no es, repito, fácil empresa.

Seguir al autor de este libro con un comentario ceñido de las etapas más salientes de la vida de José Antonio elegidas por él para componer el cuadro de su biografía, no lo permiten las meneguadas dimensiones de un prólogo. No resisto, sin embargo, a la tentación de puntualizar, cuando se me brinde mejor coyuntura y los tiempos ofrezcan un cariz más sereno y sosegado, los innumerables detalles de la vida de José Antonio cuyo conocimiento íntimo me deparó mi condición de fraternal camarada suyo en los esperanzados días de nuestros comunes estudios

universitarios cuando nos ayudábamos recíprocamente compartiendo apuntes y libros de difícil hallazgo.

Nuestra camaradería universitaria me situó en ocasión de conocerle en el momento crucial de su vida tan cargado de interés, tan lleno de perspectivas e incitaciones que luego habrían de plasmar en la concreción asombrosa de una de las personalidades de mayor fortaleza y plenitud de nuestra historia.

José Antonio supo apreciar toda la enorme trascendencia filosófica y práctica que entraña la posesión de la verdad, pero jamás incurrió en la tentación de pretender hallarla por el camino fácil y expedito de un exulto arbitrio de café o cosa análoga. Sabía que la ruta era difícil y llena de asperezas, y con todo el dinamismo de su carácter, con la energía y el empeño indomables que alentaban su cotidiano afán de superarse, se esforzó en la busca incesante de la verdad sin desmayos ni acomodos. En la Universidad, y después y siempre, estuvo libre de la pueril y estúpida omnisciencia, de la jactanciosa e insoportable satisfacción a que propenden tanto las mentes limitadas que se creen en posesión del saber entero. José Antonio aspiró al conocimiento de la verdad con todas sus fuerzas equilibradas y sanas, sin unilateralidades y exclusivismos viciosos, conjugando con humana y feliz armonía sus preocupaciones científicas y las exigencias de carácter vital. Pero tampoco preguntaba con asomos escépticos como Pilatos a Jesús "¿quid est veritas?", sino que seguro siempre de su existencia supo descubrir la verdad de España en su pugna tenaz por alcanzarla. Y ese fue el secreto de su saber y también el secreto de su "fundamental" modestia, no de una modestia encogida y mojugata fuerte y varonil que condenaba la amabilidad claudicante cuando era precisa una reacción enérgica o antipática. "¿Quién ha dicho que la suprema jerarquía de los valores morales reside en la amabilidad?".

Efectivamente, mientras la frivolidad política -la más dañinamente trascendente de todas las frivolidades- no embote nuestra conciencia tendremos que pensar y el cumplimiento del deber con todo su rigor y toda su incómoda grandeza.

El temperamento profundamente clásico de José Antonio repugnaba toda anarquía del espíritu y todo desorden mental. Era un enamorado de la norma y un propugnador infatigable de la recta estimativa de nuestro gran polígrafo renacentista Luis Vives al concebir la verdadera sabiduría como el arte de "juzgar de las cosas de modo incorruptible" -"de rebus incorrupte iudicare"- estimando éstas como son en realidad, "no tomando las que son viles como preciosas" o "rechazando las preciosas como viles, ni vituperando las que deben ser alabadas o alabando las que merecen vituperio".

Por eso los convencionalismos, las frases hechas, los tópicos y en general todas las formas de la pereza mental, sacaban de quicio a José Antonio. Quería la verdad dónde se hallase, pero no la verdad a medias o aproximada si no la verdad entera y total, con todas sus aristas y asperezas. Porque lo

contrario a esto es blandura, poltronería, deslizamiento fácil y engañado por la vida.

Compensaba un rigor implacablemente exigente -que antes que con nadie practicaba consigo mismo- con la más noble generosidad en la estimación de los valores que consideraba buenos. De ahí derivaron sus altas cualidades de Jefe que le llevaban a jerarquizar con insobornable estimativa los rangos espirituales y los valores humanos de cada uno, comprendiendo que la mayor iniquidad es la de medirlo todo con el mismo rasero tratando igualmente situaciones y personas desiguales. Por eso no anidaron jamás en su alma ni el menor afán exclusivista ni el más pequeño mal humor envidioso por el mérito o el éxito ajeno. Al contrario, alentó siempre noble gratitud para sus buenos colaboradores ya amigos -con emoción lo recordamos- de quienes sin reservas proclamaba siempre cuánto de bueno pudieran tener con la más amplia generosidad.

Porque amaba fervorosamente lo auténtico y lo mejor y detestaba la simulación, la adulación y los falsos valores, supo enamorar arrebatadamente a lo más valioso de un pueblo que es la juventud, y entusiasmar de nuevo a las almas nobles que el desengaño habían visto romperse su fe en nuestros destinos; o para decirlo con el verso inspirado de Ridruejo:

*... armó las almas, sin albergue, frías,
volvió sed a las aguas olvidadas.*

Por ello fue adorado por cuánto significó pureza o ilusión recobrada, mientras fue detestado por el mundo de los egoísmos y las pequeñeces humanas, frente al que tuvo a la espléndida soberbia, la envidiable antipatía del que no sabe ni siquiera pegarse nunca al convencionalismo y al error.

* * *

Profesó siempre un catolicismo profundo, sentido en la más viva entraña de su alma, sin farisaísmos ni beaterías deformadas y ñoñas. Su adhesión a la Iglesia no fue meramente teórica o acomodaticia, ni el destino ultraterreno del alma era para él cosa baladí que pudiera resolverse conforme a los dictados de un esnobismo sacrílego. Su convicción católica fue algo entrañable de su persona o consustancial con ella. La recta y honda españolidad de José Antonio, que repudiaba todo lo que fuera postizo y pegadizo en la línea pura del pensamiento español, le hacía sentir con radical sinceridad nuestra Religión, pues a más de ser esta para él un valor en sí, y el más alto de todos los valores, poseía una significación esencialmente española como alentadora y propulsora de las gestas más gloriosas de nuestra Historia y como perenne informadora del pensamiento hispánico en sus formas más altas y señeras.

En la imposibilidad de dilatar más este prólogo no quiero terminarlo sin referirme especialmente al documento político más trascendental y perfecto que, a mi juicio, salió de la pluma de José Antonio y en este libro se recoge. Me refiero a la carta que, en los tristes días de la República, dirigió a los militares españoles. Descendiente y hermano de soldados, sangre militar en sus venas y aliento militar en su alma, José Antonio se dirige en ella al Ejército español en la forma respetuosa y grave que impone el profundo amor a la institución militar. José Antonio, por su nativo clasicismo, cuidó siempre mucho de la forma y supo elegir con tino inigualado la más apropiada en cada caso. Sabía que la forma literaria pura y cuidada es hondamente popular y que el pueblo, con su congénita finura espiritual, repudia las formas de dicción toscas, chabacanas o serviles. En esta carta a los militares españoles usa de un lenguaje directo y crudo, que es la forma más seria de la lealtad y el respeto. Rechaza la lisonja y el halago que hubiera intentado usar cualquier burlador ocasional y, para desarrollar su pensamiento en aquel grave trance de la historia, emplea la palabra cortante ceñida y ajustada de magnífico sabor castrense; como tiempo atrás en la despedida que hiciera a los misioneros de la Falange encargados de propagar y resucitar por España la fe en la eternidad de sus destinos, tuvo el acierto de escoger una forma que parece arrancada de los Hechos de los Apóstoles. Esta maravillosa adaptabilidad estilística de José Antonio a las ocasiones y a los temas no es todo ni lo más importante, con ser mucho. La forma es espléndido atavío de un pensamiento magnífico, la proyección limpia de su clara mentalidad.

Su vida tan fugaz e iluminada, su pensamiento de genial originalidad orientado hacia las grandes empresas hispánicas - apenas puedo resistir la tentación de los puntos de mi pluma que quieren señalar la magnífica audacia de tres grandes decisiones que asomaría en el poder, capaces de colmar la ilusión de tres generaciones- su valor inteligente, su predicación falangista - interpretación auténtica de la "eterna metafísica" de España- su muerte a los 33 años sembrando entre nosotros incertidumbres llenas de febriles esperanzas, le elevaron a la categoría de héroe de romancero con un nombre lleno de poesía.

Con cabal entendimiento del alto rango de su valor nacional la juventud española lloró angustiada su pérdida, pero desde el punto de vista del personal destino de José Antonio, su muerte temprana ofrece los claros indicios de la especial tutela y predilección que Dios dispensa a sus elegidos. Porque él con su grandeza, sus esperanzas, sus luchas al volver aquí entre nosotros en un ambiente demasiado denso de resentimientos y rencores, en un clima frecuentado con lamentable exceso por ráfagas de vesania o tontería, sufriendo la acción constante de gentes atrabiliarias y envidiosas, quizás se hubiera asfixiado. Porque nosotros mismos, con nuestros propios ojos hemos visto - todavía en el centro del drama español- como gentes mezquinas, cualesquiera que sean sus prácticas externas y la buena patente que el convencionalismo social les discerniera, sentían la ofensa de la ciclópea grandeza de José Antonio al enfrentarla con su propia banalidad y endebles, y ni si quiera se detuvieron

ante el cuerpo muerto del héroe joven. Por eso sin duda al llevárselo Dios en el momento zenital de su grandeza quiso evitar que llegase un día en que, cansado de sufrir y echa añicos su fe se viera envuelto por la idea amarga de que desaparecer de la tierra es mejor que perdurar en ella sufriendo el acoso incesante y despiadado de los resentidos, los incapaces y los malvados.

De ahí el vislumbre profético de la dura e ineludible consigna que nos diera: "ser inasequibles al desaliento".

RAMÓN SERRANO SUÑER

Madrid, 25 de septiembre de 1941